

siquiera el dolor y desconsuelo de María!... ¿A dónde estás, afligida Madre? Al pié de la Cruz, inmóvil como la roca.

¡Ay, señores, qué débiles é insuficientes son mis esfuerzos! Sepultémonos en el silencio pavoroso que cubre en este momento la cima ensangrentada del Calvario, y meditemos allí, si nos es posible, la profundidad inmensa de este dolor sin límites. Y repitamos entretanto las palabras del ángel á Santa Brígida: «Que María no murió también sobre la cumbre del Calvario, porque una especial providencia la sostuvo.» Y con mi Padre San Bernardo: «Que no hay lengua que explicar pueda, ni entendimiento que conciba, el dolor de la Santísima Virgen junto á la Cruz del Salvador.»

Pero no es sólo el destrozo material del cuerpo sacrosanto del Redentor lo que aflige y llena de horror á la purísima Madre de Jesús; es también que en aquel ensangrentado y despedazado cadáver se representa los estragos del pecado, y muy particularmente los males que causan los libros inmorales é impíos, que es la materia señalada para la reflexión moral.

Si extendemos una ojeada, señores, hácia el mundo que nos rodea, no parece sino que se han renovado aquellos días de prevaricación en que, según la expresión de la santa Escritura, toda carne había corrompido sus caminos... Toda la superficie de la tierra se halla inundada del vicio, que reina en los dorados palacios de la grandeza humana, como en las humildes cabañas de los pastores; que ejerce su imperio tiránico en el centro de la opulencia, y se levanta por entre el cieno de la pobreza y de la miseria. El pecado, señores, ostenta su influjo devastador por entre la soberbia de los grandes, y se propaga hasta las últimas clases de la sociedad; él se precipita á manera de impetuoso torrente en el bullicio de un siglo corrompido, y penetra hasta el santuario en el silencio y el retiro santo. ¡Triste y desgraciada condición humana!

Pues este pecado, que cunde hoy por todas partes, repite en cada momento el sacrificio de la crucifixión del Salvador, y él es el que se representa á la afligida María á la vista de aquella horrible escena que acaba de presenciarse. Mas habiéndome propuesto, como ya os dije otro día, combatir sólo aquellos vicios que con más frecuencia y más comunmente se cometen, os hablaré hoy de la lectura de novelas y demás libros inmorales, que es el pecado de nuestro siglo.

Mas al llegar aquí, temo que alguno de vosotros me haya juzgado ya ignorante, atrasado y enemigo de las luces, epítetos que suelen aplicarse con fre-

cuencia al clero. Pero si bien es cierto que no es mi ánimo desconocer los progresos de las ciencias naturales, ni menos resucitar las tinieblas de los siglos bárbaros, también lo es que quiero preservaros de una ciencia más funesta que la barbarie. Se dice que nuestro siglo es ilustrado, es verdad; pero bien meditada esta ilustración, de que tanto se jactan los defensores de lo presente, se reduce á la parte mecánica y á la multiplicación de retóricos y artistas. Y la industria, señores, podrá darnos riqueza, y nada más, pero armará las masas contra el propietario, y facilitará los medios para destruir los dorados palacios que había edificado. La ciencia, la ilustración, mis amados, hace felices á los pueblos cuando están basadas en la religión, porque sólo así podrán darnos verdadero saber, verdaderas virtudes, que es lo que constituye la vida, el progreso de las sociedades. Muchos males ha producido la ignorancia, pero más incomparablemente ha producido la llamada ilustración.

Cuando así se han confundido las verdaderas nociones del bien y del mal, se llama feliz al pueblo donde progresan las artes, é ilustrado aquel donde se lee mucho. Así vemos continuamente que, para calcular los adelantos de una nación, se cuentan los artesanos que la componen, los talleres que aumentan y propagan su industria, las prensas que sudan por momentos multitud de volúmenes, los libros que se expenden entre todas las clases del pueblo. Pero

todos los adelantos de las artes no han igualado todavía la perfección con que aun los más viles insectos cubren sus necesidades, y todos los esfuerzos de la prensa filosófica no nos han enseñado una verdad que pase de los estrechos límites de esta vida material. Luego ¿cuál es la felicidad del hombre según vuestros principios? En cuanto al cuerpo, inferior á los animales; en cuanto al alma, precedera como la materia. Sólo esta reflexión general basta para destruir el fundamento de vuestras teorías. No hay felicidad donde no hay moralidad; no hay ilustración donde la fé no dirige la razón.

Contrayéndonos de un modo más directo al objeto que nos ocupa, sabed, mis amados, que los malos libros son la ruina de nuestras almas, la destrucción de la sociedad. Su lectura derrama sobre nuestro entendimiento las tinieblas del error y de la muerte, y sobre la voluntad una lava encendida que la abrasa y la consume. El entendimiento se ofusca, confunde el error con la verdad, cae sin remedio en un frío escepticismo, y concluye por negarlo todo. La voluntad se inflama en el amor á la imitación de lo nuevo y patético, bebe insensiblemente la ponzoña del vicio, pierde el amor á la virtud, y se precipita, en fin, en los mayores desórdenes, con la tranquilidad de un alma que nada teme ni espera más allá de este mundo. Ved aquí, jóvenes incautos, el resultado infalible de vuestras lecturas, y creíais que no eran sino un entretenimiento inocente. Ved

aquí, padres de familia, la felicidad, la ilustracion que legais á vuestros hijos. Los malos libros hacen su desgracia en esta vida, y lo que es peor, obstruyen todos los medios de salvacion, viven ocupados en los sueños trágicos de la imaginacion, nutriendo su espíritu de sombras fantásticas, y mueren con la frialdad horrible de los estóicos. ¡Ay qué porvenir tan funesto aguarda á esta generacion que se dice ilustrada! ¡Dios grande, Dios misericordioso, apartad de nosotros los males horribles que nos amenazan! Virgen dolorosísima, este siglo ingrato repite la crucifixion de Jesus; pero haced, Madre de amor, que descienda sobre él la virtud de aquella sangre preciosa, que inundó la cumbre del Calvario, y que disipe sus tinieblas!

Estas funestas consecuencias de las malas lecturas vemos y tocamos con dolor por todas partes. ¿Cuál es la causa si no de esa anarquía de las opiniones que inunda toda la Europa, y que ha pasado al través de los mares hasta los confines del nuevo mundo? La idea dominante es sacudir el yugo de toda autoridad, divinizar la razon con todos sus caprichos, y no reconocer otra ley que la del egoismo. ¿Cuál es la causa de la general desmoralizacion que ha invadido nuestra católica y piadosa España? La deshonestidad llena sin rubor nuestras calles y nuestras plazas, y se vé á la luz del sol lo que en otro tiempo se ocultaba en las tinieblas más profundas. La ambicion y la avaricia se llaman virtudes propias

de almas grandes. La impiedad levanta erguida su frente en nuestras más familiares reuniones; ha erigido cátedras en el seno de las familias; ha invadido hasta nuestros templos. Nuestra España, tan comedida, tan morigerada en la edad de nuestros padres, se ha hecho insolente y presuntuosa como el vicio, se ha prostituido sin temor, se ha hecho impía, á pesar de aquella fé sólida que hizo frente á los repetidos ataques de la barbarie en los siglos de los vándalos y de los árabes. Pues sabed que todos estos males han producido los libros inmorales é impíos. Sí; suya es esta obra de destruccion. Ellos han hecho inútil para una tercera parte de los que componian la heredad del Señor, aquella sangre preciosa que desciende hoy desde la Cruz y riega el monte santo. ¿No os parece bastante causa para aumentar el dolor de nuestra tierna Madre, ya insoportable con sólo la vista de su amado Jesus?

Sin embargo, es tan obstinada la soberbia del hombre, que halla siempre especiosos pretextos para justificar sus pasiones por disformes que sean. Preguntad á los padres de familia ¿por qué dejan correr en las manos de sus hijos ese mortífero veneno que los devora y los consume? y ellos os responderán muy tranquilos: unos, que la lectura de las novelas excita la curiosidad de los jóvenes y la aplicacion al estudio. Ilusos; excitan la curiosidad de los jóvenes para su perdicion, así como la curiosidad de Eva fué para ruina de su mísera posteridad; fomentan la

aplicacion al estudio; pero es un estudio que conduce á la muerte. ¡Más les valiera ignorar hasta la primera letra de nuestro alfabeto!

Otros dirán, que los hechos trágicos interesan la sensibilidad de la juventud, y les hacen concebir ideas elevadas de la virtud y del heroísmo. Sí; las virtudes que inspiran las novelas. ¿No veis cómo han moralizado el mundo? El heroísmo de tantos y tantos que se suicidan á efecto del valor que les inspira la novela para soportar los males de esta vida. ¡Misera- bles! El duelo, el suicidio, hé aquí los actos de valor que inspiran las novelas! ¡Acto de verdadera cobardía es, señores, no tener valor para sufrir los males de la vida! La fé, la religion sí que inspiran el valor llevado hasta el heroísmo, porque nos elevan sobre los mismos males terrenos, que nos hacen concebir como pequeños medios de expiacion para aspirar á una gloria sin fin.

Pidamos al Señor, por la intercesion de nuestra amada Madre María, que envíe un rayo de luz á los que desgraciadamente han perdido la fé, y á los no menos desgraciados que se ocupan en la lectura de esas obras funestas, y que á nosotros nos confirme en los santos propósitos, para que así podamos conseguir la vida eterna.—AMEN.

SEXTO DIA.

LANZADA Y DESCENDIMIENTO.

*Super me confirmatus est
furo tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

«¡OH, vosotros que pasais por los caminos, ved si hay un dolor semejante al mio!» Así exclamaba en otro tiempo el profeta Jeremías, llorando lleno de amargura las desgracias y desolacion de Jerusalem, que era el embeleso del mundo, y habia de ser convertida en un acerbo informe de ruinas, de sangre y de cadáveres. Así la desconsolada Resfa, cuando cubierta su cabeza de polvo y ceniza, y revestida de un áspero cilicio, contempla horrorizada el patíbulo infame de sus queridos hijos, sacrificados al furor de los gabaonitas. Y así tambien exclama en este dia aquella hija querida del Altísimo, sentada junto á